

yo la sangre coagulada del tezontle contrastando con la rubia chiluca. El barroco de fachadas y retablos me entusiasmaba. Pero el resto de la calle me parecía pobre, y en algunos casos sórdido. Cuando iba a mejores barrios —colonias le dicen allí— como el que habitaban mis amigos o el mío propio de departamento prestado veía la mediocridad de esa arquitectura urbana, inferior a la de Buenos Aires. Ya la ciudad se estiraba por Insurgentes hasta la eternidad. Desde entonces que vengo equivocándome en México que para mí es un mapa puesto al revés: el norte debería ser el sur y el sur norte, los dos otros puntos cardinales que se arreglen como puedan. Durante mucho tiempo, sin auto propio y tomando tranvías y autobuses (camiones en el idioma vernáculo), yo siempre que iba al sur creía estar yendo al norte. Ese error se ha perpetuado y me tengo que hacer una violencia con la curiosa impresión de que me estoy equivocando cuando estoy en lo cierto. Y viceversa.

Sí, chirriantes tranvías, desorbitados autobuses con un caño de escape en el techo para divulgar mejor sus gases metélicos. Coronados por infinidad de gentes colgadas de los estribos. Muchachos en general, qué mujer o persona mayor podría realizar esas proezas. Esa promiscuidad en los suburbios era pintoresca y me quedó grabada hasta haber merecido un viejo poema mío en prosa. Porque no era falta de simpatía de mi parte, era incompatibilidad, no saber a ciencia cierta dónde estaba yo ni qué estaba haciendo allí en ese momento de mi devenir.

De día recorría a grandes trancos lo que iba de mi cueva de dormir hasta el centro de demasiado lejos. Esperando comer tarde en casa de las Henríquez. ¿Pero qué desayunaba yo y dónde? No queda registro, lo que quiere decir que no me importaba mucho, tal vez me comía algo llevado el día antes. Después, los almuerzos que debían de durarme todo el día porque yo sabía que no iba a haber otro alimento alguno hasta el día siguiente. Quiero suponer que dormía una siesta y a la tardecita me iba a bañar a esa alberca al aire libre en que no conocía a nadie pero donde, al menos, me hice amigo de un muchacho más joven que yo y que luego vi algunas veces. Recuerdo que en plena natación había ya oscurecido y se prendían unos grandes reflectores que ponían el agua más negra y llena de reflejos que cabrilleaban

en la superficie. Todo eso entre gritos de desconocidos que se divertían de manera salvaje que yo no criticaba, ni mucho menos, sino que envidiaba desde el fondo de mi corazón de tímido.

De noche cerrada la cosa era distinta. Hay que reconocer que la cena constituye también una etapa del día, la que lo divide de la última parte del día ante la proximidad de la fiesta, del cine, del teatro, la lectura o —simplemente— de la cama. Calculo que un tercio de lo leído, lo he leído en la cama. Otro tercio tal vez en los tranvías porteños cuando se trataba de largos viajes como unos que hacía a una presunta novia, a la que una noche me le declaré en la puerta de su casa (por suerte me dijo que no). De vuelta de ese suburbio arbolado me esperaban tres cuartos de hora de viaje a los tumbos en esos tranvías de Buenos Aires, que costaban entonces exactamente diez centavos.

Vuelvo a México para decir lo peligrosas que eran las calles nocturnas. Aun en el centro, recuerdo que a las once de la noche se apagaban los faroles de Insurgentes. Y no era raro leer en los diarios que algún vecino había sido atacado y robado la noche anterior. Y a veces, para mayor dramatismo se aclaraba que se sospechaba de un guardia de la seguridad. Con ese arte que tienen los mexicanos para los títulos melodramáticos de un palmo de alto y en primera plana se leían denuncias espeluznantes: OTRO

GUARDIA QUE ROBA A UN VECINO EN LA COLONIA ROMA, O COSA PARECIDA. Mi única riqueza era mi máquina fotográfica ¿la tenía aún o me la había prestado Raúl por un tiempo? Lo cierto es que entre mis viejas fotos no encuentro ninguna de México así como las tengo de Yale y de otros sitios que visité esa vez.

Lo que quiero decir es que pobre, cansado, deslumbrado de lo que había visto en el día, después de nadar y de bañarme hasta la desesperación, lo mejor que podía hacer era irme a dormir como un tronco, es lo que hacía la mayoría de las noches. Otra cosa de lo que no me queda registro es la de haber escrito en un cuaderno. Hace poco he encontrado tres cuadernos de Diario, que datan de los años 1944 y 1945, es decir que bien podría haberlos de ese año 1947 del que estoy hablando en estas memorias. Me proporcionaría algunos detalles. En todo caso sí sé, perentoriamente, que tomaba apuntes de espacios, salas, recintos que consideraba proporcionados y dignos de retener: creo que uno fue el refectorio abovedado de un convento que podría ser Acolman. Anotaba también los colores de las que estaban pintadas las paredes. A la cal —evidentemente— pero mezclada con algún colorante en polvo de esos que los mexicanos ancestralmente saben combinar. Colores pastel que casan entre sí de la manera más audaz y más equilibrada al mismo tiempo. □

Buzón de fantasmas

De Alfonso Reyes a Genaro Estrada

El 21 de enero de 1929 Alfonso Reyes escribe en su Diario: "Ricardo Molinari vino a verme, y me expuso los cargos de la joven literatura argentina contra la nueva literatura mexicana, materia de mi carta número 17, de esta fecha, a Genaro Estrada." De hecho, esta carta

viene a ser un documento valioso sobre las circunstancias que impedían un mayor acercamiento cultural entre México y la Argentina, ideal por el cual Reyes luchó incansablemente durante su primera estancia en Buenos Aires (1927-1930) mientras era Embajador de México.

Con la ayuda de su comprensivo amigo Genaro Estrada, entonces Subsecretario de Relaciones Exteriores y Encargado del Despacho, intentó estrechar las relaciones entre autores mexicanos y argentinos pero como lo demuestra la presente misiva existían serios prejuicios por ambas partes que iban a dificultar la realización del sueño de Reyes. Aunque predominaban las diferencias sobre las simpatías, la afición americanista del autor de Ultima Tule no se vería disminuida por este primer balance de sus experiencias argentinas.

Esta carta forma parte del segundo tomo de la correspondencia Reyes/Estrada que estamos editando.

Serge I. Zaitzeff

PERSONAL Y CONFIDENCIAL

Buenos Aires, 21 de enero de 1929.

Sr. Don Genaro Estrada, en México.
no. 17

Mi muy querido Genaro:

Un año he tardado en darme cuenta de algo que venía presintiendo. Mejor dicho, cerca de dos años. ¡Cómo corre el tiempo! aunque, durante toda la primera época mía en Buenos Aires, no tuve naturalmente suficiente claridad para percibir estas cosas. Poco a poco, ataba un cabito aquí y otro allá. Hoy, al fin, me creí lo bastante firme para abordar la cuestión. A Ud. no se le oculta que mi diminuta empresa editorial de "Los Cuadernos del Plata" lleva su profundo objeto diplomático, y se propone concertar voluntades literarias entre los dos polos de la raza ¿no es eso? Ud. es, además de otras cosas, hombre ducho, y desde el primer momento lo ha comprendido. No se trata sólo de un gusto, sino, además, de un deber. Bien: hoy confesé a Ricardo Molinari, testigo sin tacha por su reconocido amor a México. Vea, oh Genaro, todo el culebrón escondido que saqué de entre la yerba.

1. En el mundo de la nueva literatura hay una actitud defensiva contra México. A la vez que, en lo político, aplauden a México, a la vez que se dan cuenta de que en nuestro país hay un gran movimiento de opinión general hacia la Argentina, tienen muchos cargos contra la nueva literatura mexicana. Están muy resentidos.

2. A esto se debe que Pedro Henríquez Ureña (que lo ignora o no ha llegado a sacar conclusiones de lo que le pasa por natural bondad y por odio a las cavilaciones) no haya logrado abrirse paso en la prensa, ni haya logrado siquiera eco para su último libro. Yo hasta sé que Gerchunoff andaba preguntando si Pedro Henríquez Ureña no habría escrito alguna vez contra la Argentina. Nos tienen un poco de pavor.

3. Yo mismo, he sentido una manera cortés y fugitiva cada vez que he querido dar por ahí frecuentes informaciones sobre la vida intelectual mexicana. Siempre quieren que les hable de Paul Valéry, de Mallarmé, de Góngora. Yo encantado, pero también quiero hablar de lo mío, donde seguramente hago más falta aunque diga cosas de interés limitado.

4. Mucho hay de celos en todo esto. Están muy celosos, pero justo es decir que, a solas, reconocen la superioridad. Mucho hay de mera opinión de literatos. Pero todo se ha de tener en cuenta. Con todo hay que contar, y con todos.

5. Cargos concretos: la conferencia de Torres Bodet sobre la literatura argentina, no se la perdonan todavía. Cuando la disputa sobre el meridiano literario, *Ulises* dijo cosas contra la Argentina. Cada vez que han nombrado la literatura argentina, ha sido con mucho desdén: por ej. no. 4 de *Ulises*, sobre la antología de Vignale y Tiempo.

6. Un cargo aparte: el ataque de González Rojo (Enrique) a Molinari, que creía tener en él un amigo, y creía correspondido su vivo cariño por México y los mexicanos. Causó eso la peor impresión entre la gente literaria y no faltó quien le dijera: "Esto te desengañará, y ahora convendrás con nosotros en que tus dichosos mexicanos no son más que esto y lo otro".

7. Cyrano habla de su nariz, pero no le gusta que los demás se burlen de ella. Pueden aquí pelear con Lugones dentro de casa, pero hay un instante en que Lugones es la Argentina, y eso sucede en cuanto lo atacan los de afuera. Las cartas cambiadas con Torres Bodet, las polémicas entre él y Vasconcelos, provocadas por Vasconcelos, no han dejado de contribuir a esta impresión. Están habituados a que toda Sud-América tiemble ante ellos, y les duele una barbaridad que en México no suceda así.

8. No hay que pensar mal de ellos, porque, después de todo, Torres Bodet

escribe cosas que son muy buenas para México en *La Prensa*, y nadie dice nada; y bastaría la más leve indicación de los escritores para que le cerraran las puertas del periódico.

9. En cambio, he venido a saber muy tarde que, cuando Veloz comenzó aquí las gestiones para publicar el *Pero Galin*, se orientó bien al principio, puesto que acudió a la casa Gleizer. Pero el editor consultó a Leopoldo Marecha, y este muchacho, que no lo conoce a Ud. ni tiene nada contra Ud., dijo: "¿Mexicano? ¿No queremos nada con mexicanos! ¿No ve Ud. que allá nos tiran a matar?"

10. Con todo esto, yo me veo en el caso de agradecer doblemente la acogida que he encontrado, y realmente me conmueve un poco esta situación. En la Editorial PROA estaban al tanto de todo, y sin embargo, se me manifestó Evar Méndez (que va a ser ahora mi editor) muy bien dispuesto para el PERGALIN.

11. El mismo Manuel Rodríguez Lozano, que tan buen recuerdo ha dejado aquí en la sociedad, y que tan sincero cariño tiene para la Argentina, parece que tuvo momentos de cierta fatuidad, y se quejó de frialdades etc. porque no hubo brindis ni discursos en alguna comida que le dieron.

12. Los españoles han hecho muchísimo más por acercarse a la Argentina, y eso que los españoles son, por carácter, por modo de hablar, antipáticos al argentino.

13. Aquí tuvimos una época excelente: el regreso de Ripa Alberdi trajo la moda de amar a México. La ciudad universitaria de La Plata se llenó de objetos mexicanos. Todavía allá cantan canciones mexicanas. A mí me recibieron con ellas. Pedro Henríquez Ureña vino a reforzar ese ambiente. Llegaban las pajaritas de papel del Pen Club de felice recordación. Allí se educó el mexicanismo de Molinari. Pero comenzaron los ataques en nombre de la literatura (creo que también se han metido con Borges), y todo cayó de un día a otro. ¿Me ayudará Ud. a levantarlo?

14. Tan me va Ud. a ayudar que ya me está Ud. ayudando y que aun sin yo decirle nada— se ha esforzado Ud. por demostrarle su afectuoso interés al excelente Molinari.

A.R. □